

VERSO 12.

*Mi viña delante de mí está. Tus mil, del
pacífico, y doscientas para aquéllos
que guardan sus frutos.*

El pacífico se llama aquí á Salomón, el cual poseía una grande y rica viña en un punto llamado Baal Hamón, cuyo nombre traducido significa «la que tiene pueblos», esto es, ciudad de numerosos habitantes. Esta viña la dió en arrendamiento á un inquilino que paga por ella mil monedas de plata al año. Luego añade la Esposa, que su viña ante ella está: es decir, que no la ha dado en arrendamiento, sino que ella misma la cuida; que si al pacífico Salomón le produce mil monedas, á sus cultivadores les quedan de ganancia otras doscientas. Ahora bien; por la primera viña se entiende la sinagoga, y por la segunda la santa Iglesia. Las mil monedas, son los copiosos frutos que produce la viña; la multitud de los pueblos son los de tantas

naciones que oyeron la predicación de los Apóstoles en el día de Pentecostés; y las doscientas monedas dadas á los guardadores de la viña, significan el doble premio que da Dios á los predicadores y á los doctores. El número de mil denota la universidad de los santos, y también significa la virginidad, porque la cifra del uno indica el único Esposo á quien las vírgenes se consagran; y el número doscientos, significa las nupcias, por el número dos, pues son dos juntos en uno, en el matrimonio. Otros dicen que el mil, como número perfecto, pues es el diez multiplicado por diez y otra vez por diez, significa á Jesucristo; y el número doscientos, compuesto de un ciento y otro ciento, significa la santísima Virgen con los dos céntuplos de la virginidad y de la maternidad. María, pues, nuestra Madre y Señora, es la viña del pacífico Salomón; Dios la plantó en Baal Hamón, ó «en la que tiene muchos pueblos», porque la dió á todo el mundo y á todas las naciones; y la entregó á los guardadores, que son los diez mil ángeles que deputó para su custodia,

y también al amado discípulo al pie de la cruz; y de ella saca doscientas monedas por fruto, porque la imitan y la veneran las desposadas y las vírgenes.

VERSO 13.

¡Oh! Tú, que moras en los huertos, los amigos escuchan: hazme oír tu voz.

VERSO 14.

Huye, Amado mío, y aseméjate á la corza y á los tiernos cervatillos sobre los montes de los aromas.

El Esposo, por fin, y al terminar este sagrado Cántico, desea oír la voz de su Esposa, que dirigida á él la escuchen también sus amigos. Y como todo este drama pasa en los campos, contempla á la Esposa morando en las granjas y jardines; y por eso le dice: «oh, tú, que

habitas en los huertos: nuestros amigos también te escuchan; pero tú hazme oír á mí tu voz»; Dios dice al alma santa: «tú que habitas en los jardines de las virtudes, en los huertos de las buenas obras, aunque tú no los veas, los ángeles te miran y te escuchan; hazme, pues, oír la voz de tu oración: cuéntame tus deseos; hazme tus peticiones; derrama ante mí todos tus afectos; mira que yo puedo mandar á los ángeles que te ayuden y te sirvan, que cumplan tus deseos, que realicen tus votos, que te asistan cuando ya al salir de esa vida vengas á mí. Ya dejarás los huertos y vendrás á habitar en el palacio real; ya olvidarás las frutas de este mundo para saciarte del torrente de las delicias en la mesa del Señor.» Y sitan dulcemente habla al alma á quien ama, ¿qué no diría, cómo hablaría á su muy amada, á su paloma, á su escogida, y á su perfecta? ¿Cómo no desearía oír por última su dulcísima voz, que sus amigos los Angeles y los santos Apóstoles reverentes escucharían, cuando llegaba el instante de su felicísimo Tránsito? Tres veces, entre otras, le hizo María

santísima oír su voz: cuando habitando Ella en el huertecito de Nazareth con su Esposo el castísimo Patriarca, como la azucena con un lirio, hizo oír su voz que decía: «He aquí la esclava del Señor.» La segunda vez, cuando al tener que partir el Señor á los cielos, como Hijo fiel pidió á su Madre le diese licencia de ir al Padre: y Ella entonces le respondió: «Huye, Amado mío, sé semejante á la corza y al cervatillo sobre los montes de los aromas.» La tercera vez, como decíamos, fué en su dichoso Tránsito, cuando al proponerle su divino Hijo el llevarla á los cielos, contestó como siempre: «He aquí la esclava del Señor.» Y ahora, ya estando en el cielo, dice un piadoso Cardenal, que Jesús pide á su santísima Madre que le deje oír su voz, que los ángeles y los santos escuchan complacidos, cuando pide y ruega por sus hijos mortales en la tierra; y los ángeles se muestran prontos á servirla y á llevar prontamente sus dones á sus siervos y devotos en la tierra; y los santos unen sus preces á las de su Reina, solicitando del Señor lo que Ella pide. Y la Reina del

cielo, obsequiando los deseos del Señor, le habla y le dice: «Huye, Amado mío; huye ya del mundo que acaba; y como cervatillo que huye de las venenosas serpientes, y como la corza que huye del ruido y del trastorno, sube á morar para siempre en los montes de los aromas.» Jesucristo, dice San Gregorio, huye de los réprobos á los montes de los aromas de las almas santas; San Ambrosio dice, que el alma exhorta á su Esposo á huir de este mundo, porque Ella ya puede seguirle, y huir con él y volar á las alturas. Honorio lo explica así: «El Amado huye de entre los males, cuando lleva á su Esposa, sacándola de los trabajos de este mundo, á los gozos del cielo. Será semejante á la corza, cuando escoja á los buenos de entre los réprobos, separando el grano de la paja; será semejante al cervatillo, cuando descansa en sus santos, como éste en la sombra de los árboles; y estará sobre los montes de los aromas cuando reine sobre la alteza de los ángeles y de los santos que despiden el aroma de las virtudes.»

Así, este hermoso y divino Cantar,

termina con la muerte del justo, y con el fin de los siglos, y con el Tránsito y Asunción de la santísima Virgen á los cielos. Y así se nos enseñó á pensar en la muerte, á disponer para ella y á dirigir hacia ella y hacia nuestro fin nuestras acciones é intenciones. ¡Felices de nosotros si nos aprovechamos de tantas adverteneias, exhortaciones é ilustraciones que en el amor y por modo de amor se nos dan en este Libro inspiradol ¡Dichosos, si conociendo mejor á nuestra muy amada Madre, más alabamos sus grandezas, y más confiamos en su protección, y mejor la sirvamos, y más ardentemente la amemos todos los días de nuestra vida!

*Voz de la Madre á las Hijas de María
Inmaculada.*

Escuchad mi voz, Hijas mías, pues por vez última va á hablaros aquí vuestra Madre. Todo cuanto hagais, debéis dirigirlo á salir bien de esta vida, como el

caminante que en su travesía solo mira y piensa en su llegada: una muerte feliz, piadosa y de antemano preparada, es el asunto que más debe preocuparos. Por eso debéis suspirar por encontrar á Jesús, vuestro hermano, cuando salgais afuera de este mundo, para entrar con él á la casa de la madre Jerusalén, donde ya no llegan las persecuciones y desprecios de los hombres. Allí daréis para siempre al Señor el vino del amor y el mosto de la alabanza: allí El, con su izquierda, os dará las dotes del cuerpo glorificado, y con su derecha abrazará vuestra alma con el abrazo de la divinidad que nunca se desune. Los ángeles, admirando vuestra gloria, preguntarán quién es la que sube del desierto de la vida, llena de delicias y apoyada en su Amado. Allí será un sello sobre vuestro corazón y sobre vuestro brazo, el goce perdurable del alma y del cuerpo: allí el amor será fuerte como la muerte, porque habrá triunfado de ella, y no morirá jamás; y duro como el infierno, porque le ha vencido escapando de él para siempre; allí nada podrá apagar el fuego del amor,

pues ni las aguas de las culpas, ni los ríos del olvido, tienen allá cabida. Allá conoceréis que todo lo que hicisteis en la vida por conquistar el amor, fué muy bien poco, y que su precio es tan grande, que no podríais igualarlo ni aun con la sangre del martirio. Estando ya en el cielo, pediréis por vuestros hermanos menores que dejásteis en la tierra: que al tiempo de su vocación sean muros de fortaleza y de constancia en sus deseos; que si por desgracia son puertas de vanidad y disipación, el Señor las cierre con el cedro de sus mandamientos: que á las buenas y fervorosas les sobreponga las almenas de plata de puros y preciosos pensamientos; y á las tibias ó mundanas, las prenda con los cerrojos de su gracia. En el cielo, ante Dios, encontraréis la paz; y la viña de vuestra alma entregada á la custodia de los ángeles, ofrecerá su fruto á su dulce dueño, y á mí, que la guardé como cosa mía, me dará como en premio las monedas de perpetuas alabanzas. Por ahora, amadas hijas mías, aun morais en los huertos de mis floridas Asociaciones; mas ya los ángeles y los santos, vuestros

abogados, mis siervos y amigos, desean oír vuestra voz con que les pidais favor y ayuda, para salir felizmente de este mundo y seguir al cervatillo y á la corza su madre, á Jesús y á María, á las montañas de los aromas eternos. Yo deseo también oír vuestra voz, mis dulces hijas, aquella voz con que me cantais en vuestros postreros días, cuando repetís el Cantar de vuestra recepción; y con voz apagada, pero con corazón ardiente, repetís: «¡Lo prometí, soy hija de María!» Ojalá y con toda verdad podais añadir entonces: «Fiel he permanecido; lo prometí, y lo he cumplido.» Allí resplandecerá mi cinta azul sobre vuestro pecho: mi imagen con las brazos abiertos será el símbolo de las nuevas gracias que derrame sobre vosotras: un pleno perdón de vuestras culpas y de las penas á ellas debidas, acabará de purificaros; y vuestro cuerpo ya exánime, cubierto con blancas vestiduras, y vuestra frente de blancas flores coronada, serán el símbolo de la blancura de vuestra alma y de la corona de gloria que mi Hijo os tiene preparada. Amadme, pues, hijas mías, que yo amo

á los que me aman, y los que en mí y por mí trabajan, no caerán en pecado; y los que en mi Asociación me ilustran con sus obras y virtudes, obtendrán la vida eterna. ¡Adios, adios, vuestra Madre cordialmente os bendice!

Voz de las hijas.

Sí, muy querida y amada Madre nuestra: el día por siempre bendito, lo prometimos, y con tu ayuda y favor permaneceremos fieles hasta la muerte; mas en aquella hora temible, como millares de veces te lo hemos pedido, de nuevo lo imploramos. En nuestra agonía haznos compañía, ¡oh dulce María! Y pues en el sagrado Cántico, en que el Espíritu Santo te colma de alabanzas, tan bellas lecciones nos has dado, permite, Madre mía, que de él formemos un himno en honor de tu Concepción Inmaculada.

*Himno á la Virgen concebida sin pecado,
sacado del Cántico de los Cánticos.*

I

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Morena eres por tu humildad, Virgen santísima; pero hermosa, y muy hermosa, por tu Concepción sin pecado.

El Señor, te ha atraído, Madre mía: haz que todos corramos tras el olor de tus ungüentos, imitando tus virtudes.

Morena eres, Madre mía, porque el sol te ha estragado el color; porque tu hijo crucificado te ha llenado de dolor.

En el medio día de su Pasión apacentó tu alma, y allí quiere que apacentes también los rebaños de los pobres pecadores.

Tú eres la carroza del Señor, que en tu seno le llevaste á las montañas, y en tus brazos al templo y al Egipto.

Tus mejillas son de tórtola, llorando la Pasión; tu cuello como collares de perlas esperando la Resurrección; para

tú formó el Señor adornos de gracias especiales.

Como nardo adoraste á Jesús en el pesebre reclinado; como manojito de mirra, lo abrazaste contra tu pecho crucificado; como racimo de cipro, lo estrechaste contra tu corazón, resucitado.

Amiga del Señor, tú eres hermosa; tus ojos de palomas; tu modestia y sencillez por allí asomas.

II

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Como azucena entre las espinas, así eres, Madre mía, entre las hijas.

En la cámara de sus secretos el Rey te introdujo: levantó en tí la bandera del amor.

Con flores de santos deseos te ha sostenido; con manzanas de obras heroicas te ha cercado.

Con sus dos manos te ha abrazado, y ha mandado que guarden tu sueño.

El Amado te ha hablado para llamarte,

y te ha nombrado su amiga, su hermosa y su paloma.

En las hendiduras de la piedra y en la cuevo del cercado, en las llagas de sus manas y pies y en la herida del Costado, ver quiere tu rostro y escuchar desea tu voz.

El es todo para tí y tú toda para él, Reina y Madre, y Señora mía.

III

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Perdido Jesús Niño, por las calles y plazas lo buscabas; preguntabas por él y no le hallabas; mas entre los doctores lo encontraste, y dócil, á tu casa le llevaste.

Como varilla de humo, exquisito perfume derramaste.

De litera riquísima al verdadero Salomón serviste, y con la blanca diadema de la humanidad le coronaste.

IV

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Hermosa eres, Madre mía, en tu castísimo cuerpo, y hermosa en tu alma angelical: hermosa como Virgen y hermosa como Madre; hermosa en tus gozos y hermosa en tus dolores; hermosa te ven los Angeles en el cielo, y hermosa te veneran tus siervos en la tierra.

Tus ojos de palomas, por sencillos:

Tus cabellos como rebaños en el monte, por la alteza de tus pensamientos:

Tus dientes como blancas ovejas por tus puras oraciones; como cinta de granada tus labios por sus amorosas palabras:

Como granada partida, tus mejillas, por tu modestia; como la torre de David tu cuello, por su fortaleza; en ella cuelgan sus escudos los valientes; pues por tí resisten tus siervos las tentaciones.

Tú con amor de madre nos sustentas, y nos llevas al monte de la mirra y á la colina del incienso: á la mortificación y á la oración.

Del Líbano veniste y coronada fuiste; con tu amor y tu celo el Corazón de tu Jesús heriste.

Panal de miel son tus labios; miel y leche es tu hablar; aroma precioso tus vestidos y tus virtudes.

Huerto cerrado fuiste siempre á la serpiente, y para Dios sellada y pura fuente.

Granadas son tus renuevos; manzanas son tus frutos; cipro con nardo, cálamó y cinamomo, los perfumes de tus ejemplos, y mirra y áloe tus penas y tormentos.

Fuente eres que riegas los jardines: tus Ordenes y Congregaciones, tus Cofradías y Asociaciones.

V

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

A tu huerto, por tí llamado, vino el Amado; su mirra y sus aromas ha cosechado; comió con sus amigos dulce bocado y vino regalado.

Y mientras tú dormiste, Madre mía, velo tu corazón, Virgen María.

Y estando entre dormida tú y despierta, el Esposo tocó y abrió tu puerta; y al ruido que al abrirla hizo su mano, se estremeció tu pecho soberano.

Luego que habló, tu alma derritióse; le hablaste, le buscaste y no le hallaste; y á las hijas de Sión les preguntaste, y las señas y rasgos de tu Amado con amor y placer les indicaste, por poder ser buscado.

Cándido y rubicundo le llamaste; y entre mil, escogido, le digiste; y al pintar á Jesús, tú te pintaste; pues toda á él semejante siempre fuiste.

Cándida eres tú por tu virginidad, y rubicunda por tu fecundidad; cándida por tu inocencia, rubicunda por tu modestia; cándida por tu luz allá en el cielo, rubicunda por tu compasión sobre la tierra.

¡Como hermosísima entre las mujeres, todos tus hijos te saludan!

VI

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Para el Amado eres tú, y á tí el Amado, que apacenta los lirios en tu prado.

Bella te llama, amiga, suave y fuerte; terrible como ejército: de suerte que se halla desplegado y á trabar la batalla preparado.

Tus cabellos, tus dientes, tus mejillas, otra vez las alaba; porque de contemplar tus maravillas y de alabar tus gracias, nunca acaba.

Si son muchas las reinas, más las damas: mas su única paloma á tí te llama, y su electa eres tú y su predilecta.

Te levantas graciosa cual la aurora; hermosa cual la luna eres, Señora; como el sol escogida; cual desplegado ejército muy terrible al infierno, y muy temida.

Vuélvete Sulamitis, desde el cielo: ¡vuélvete á que te veamos en el suelo!

VII

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

En tí miramos coros de escuadrones;

que al infierno, y su^{ra} hija la herejía, miedo y terror tú sola les impones, Sulamitis hermosa, Madre mía.

Tus pasos son hermosos, tus calzados preciosos; inexhausto tu seno; tu vientre cual montón de trigo ameno, dentro de tí guardado, y de lirios blanquísimos cercado.

Cual torre de marfil tu hermoso cuello, ojos de agua purísimos, tus ojos; tu nariz, monte bello del Líbano, que siente los antojos del enemigo que á llegar empieza.

Como el monte Carmelo es tu cabeza; y en púrpura teñidos tus cabellos; porque reluce en ellos de la Sangre de Cristo la pureza.

¡Qué hermosa eres, mi Madre, y qué graciosa! ¡cuál en santas delicias, tu corazón purísimo rebosa!

Tú eres la enhiesta palma, cuyos racimos cuelgan, regalados; y á tí quiero subir, Madre de mi alma, para cojer tus frutos tan preciados.

De tu garganta sale el mejor vino, á ser bebido y para ser rumiado; de tu

seno salió el fruto deseado: el buen Jesús, el Redentor divino.

Yo madrugo contigo, dulce Niña, á ver si hay fruto ó flores en la viña; haz que encuentre manzanas en mis puertas, cuando para ir á tí me sean abiertas.

VIII

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

¿Quién es ésta que sube del desierto, derramando delicias y favores, levantada en el árbol de aquél huerto, donde Eva nos llenó de sinsabores?

Ponme tú como sello, Madre mía, sobre mi corazón y sobre el brazo, los nombres de Jesús y de María, para que en dulce abrazo sea su amor dulce y fuerte, el que selle mi suerte, y me liberte en la hora de mi muerte.

Que los ríos de mis culpas nunca apaguen las llamas del amor dentro mi pecho; ni las negras tinieblas se propaguen con los ríos del olvido en su hondo lecho; antes sea mi alma como fuerte mu-

ro, puerta de cedro á Satanás cerrada,
para que esté mi corazón seguro, y para
que mi viña cultivada, rinda su fruto
ante su dulce dueño, y espere ser feliz
en lo futuro, cuando llegue á dormir mi
último sueño.

Así te lo suplico, Madre mía,
Y en mi triste agonía,
Asísteme y ampárame, ¡oh María! Amén.

FIN



INDICE

	Págs.
Al lector	9
CAPÍTULO PRIMERO. — Los seis óscu- los del Esposo. — Su pecho. — Su nombre. — Las Hijas de María. — Los perfumes. — El gabinete. — Negra y hermosa. — Las viñas. — El medio día. — Los rebaños de cabritos. — La real carroza. — La tórtola. — Los collares. — El nardo, la mirra y el ciprés. — El lecho de flores. — El techado de cedro y ciprés — Voz de María.	
Verso primero	15
Verso segundo	28
Verso tercero	39
Verso cuarto	57
Verso quinto	64